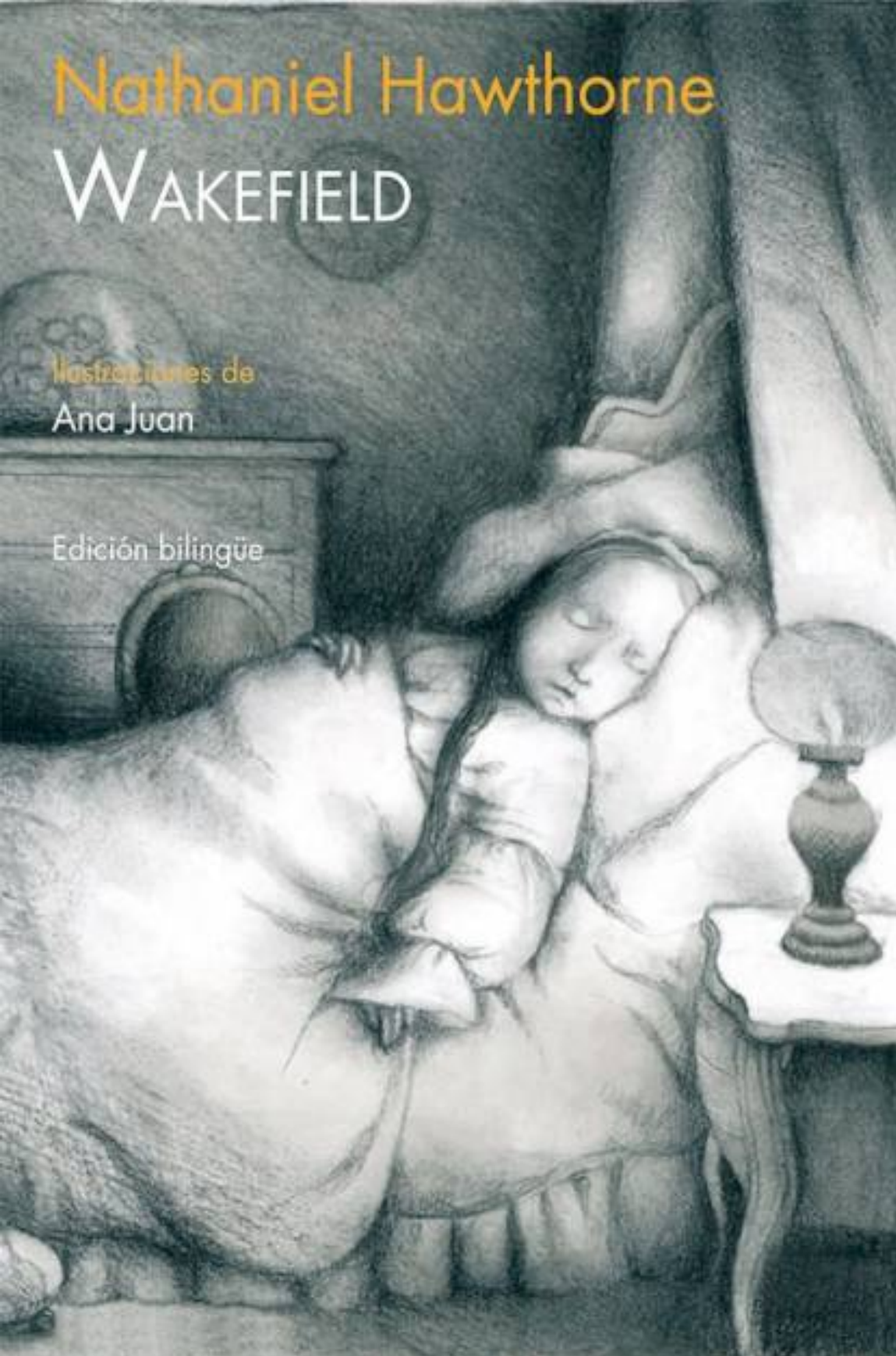


Nathaniel Hawthorne

WAKEFIELD

Ilustraciones de  
Ana Juan

Edición bilingüe



«Recuerdo haber leído en algún viejo periódico o en alguna revista antigua una crónica que, relatada como si fuera real, contaba la historia de un hombre, de nombre Wakefield, que decidió marcharse a vivir lejos de su mujer una temporada larga...». Así comienza este relato, que Borges señaló como el más grande y perfecto artilugio narrativo de la historia, antecesor directo de los relatos de Melville y Franz Kafka. Wakefield es un hombre sosegado, vanidoso, egoísta, propenso a crear misterios pueriles. Un día dice a su mujer que va a emprender un viaje de negocios y que regresará en dos días...



Recuerdo haber leído en algún viejo periódico o en alguna revista antigua una crónica que, relatada como si fuera real, contaba la historia de un hombre, de nombre Wakefield, que decidió marcharse a vivir lejos de su mujer una temporada larga. Contado de manera tan abstracta, este acontecimiento no resulta muy raro; y tampoco debe ser tildado de pícaro o disparatado, sin la adecuada aclaración de las circunstancias. Sin embargo, aunque lejos de ser el más grave, quizá represente el ejemplo de fechoría marital más insólito que se conozca. Y, por otra parte, nos hallamos ante una monstruosidad tan digna de mención como cualquiera de las que aparecen en el catálogo de rarezas humanas. Este matrimonio residía en Londres. Fingiéndose marcharse de viaje, el marido se fue a vivir justo a la calle contigua a su propio domicilio y permaneció allí más de veinte años, sin que ni su mujer ni sus amigos supiesen nada de él, y sin que pueda hallarse asomo de razón a su decisión de autodesterrarse. Durante todo aquel tiempo pudo contemplar su casa un día tras otro y vio con frecuencia a la afligida Sra. Wakefield. Finalmente, tras este paréntesis tan largo en su felicidad conyugal —cuando su muerte se daba ya por segura, con su herencia repartida, su nombre totalmente olvidado, y cuando su esposa se había resignado hacía mucho, mucho tiempo a su madura viudedad—, entró una noche por la puerta tan tranquilo, como si solo se hubiera ausentado el día anterior, recuperando de nuevo su papel de amante esposo hasta la muerte.



A grandes rasgos, esto es todo lo que recuerdo. Y, aunque se trate de algo de la más pura originalidad, de un episodio sin precedentes y probablemente irreplicable, creo

que es uno de esos incidentes que apela a la compasión generalizada de los hombres. Y a pesar de que la creencia colectiva sea que cualquiera podría hacer algo similar, cada uno en su fuero interno sabe que no sería capaz de perpetrar una locura de tal calibre. Este episodio ha sido objeto de mis reflexiones con bastante frecuencia, produciéndome siempre admiración; pero tengo la sensación de que la historia debe de ser cierta y he llegado a hacerme una idea del carácter de su protagonista. Cuando un asunto inquieta la mente de una manera tan contundente, el tiempo que se invierte en pensar en él está bien empleado. Pero dejemos al lector que lo medite, si es eso por lo que opta; o si lo que prefiere es pasear a mi lado a lo largo de los veinte años que duró el capricho de Wakefield, sea bienvenido; y estoy seguro de que en la última frase, a modo de compendio y de cuidada conclusión, encontraremos una moraleja y un significado más profundo, aunque en nuestro periplo no consigamos hallarlos. La reflexión siempre termina siendo eficaz y cualquier acontecimiento sorprendente encierra invariablemente una moraleja.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Podemos crear nos nuestra propia idea con toda libertad y asignarle un nombre. Se hallaba en el ecuador de la vida. Sus afectos conyugales, que nunca fueron intensos, se habían apaciguado hasta convertirse en un sentimiento sereno y rutinario. De todos los maridos, posiblemente este fuera el más constante, pues sufría una especie de aletargamiento que mantenía su corazón en reposo independientemente del asunto que tuviera entre manos. Era un intelectual, pero no de manera activa. Sus pensamientos se mantenían continuamente ocupados con largas y aburridas cavilaciones que carecían de objetivo o sencillamente de energía para alcanzar alguno. Sus pensamientos rara vez eran tan intensos como para transformarse en palabras. La imaginación, en el más puro significado del término, no formaba parte de los dones de Wakefield. Poseía un corazón frío, aunque

no envilecido ni errante, y su mente nunca se dejaba provocar por pensamientos extravagantes u originalidad alguna que pudieran desconcertarlo. Así que, ¿quién podría haber imaginado que entre todos los autores de excentricidades nuestro amigo iba a acceder al puesto más alto? Si hubiéramos preguntado a sus allegados si conocían a alguien en Londres a quien, con toda seguridad, consideraran incapaz de llevar a cabo algo por lo que pudiera ser recordado al día siguiente, estos habrían pensado en Wakefield. La única persona que podría haber albergado alguna duda habría sido su amantísima esposa. Ella, sin haber analizado su personalidad, era consciente en parte de un sosegado egoísmo que se había quedado anquilosado dentro de su inactiva mente, de una especie de vanidad —su atributo más molesto— un tanto peculiar, de una disposición a la astucia que rara vez había producido resultado positivo alguno, excepto el simple mantenimiento de secretos insignificantes que casi no merecía la pena desvelar, y, por último, de lo que ella llamaba «alguna pequeña excentricidad ocasional» que poseía el buen hombre. Puesto que esta última cualidad no puede definirse, quizá ni exista.





Imaginemos ahora a Wakefield un día cualquiera diciéndole *adieu* a su mujer. Corre el mes de octubre y está anocheciendo. Su equipaje se compone de un sobretodo aja-

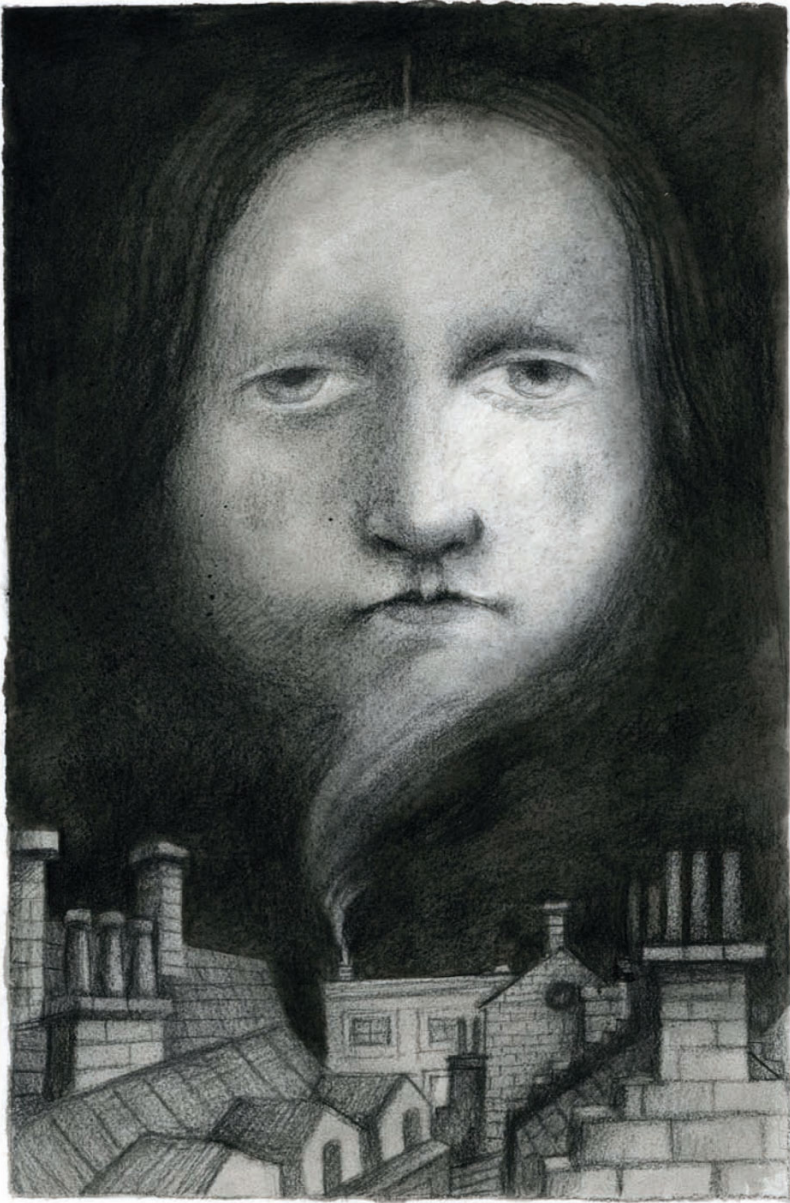


do, de un sombrero de hule y de unas botas altas. En una mano sujeta un paraguas y en la otra una maleta pequeña. Acaba de decirle a la Sra. Wakefield que va a coger el coche nocturno para irse al campo. Ella le preguntaría de buena gana sobre la duración y el motivo del viaje o sobre la hora prevista de regreso pero, complaciente con el inofensivo apego al misterio de su marido, tan solo lo interroga con la mirada. Él le dice con decisión que no lo espere en el coche de vuelta y que no se alarme si se demora tres o cuatro días, mas le confirma que volverá definitivamente el viernes por la noche a la hora de la cena. El propio Wakefield —tengámoslo presente—, no sospecha a qué se está enfrentando. Él le tiende las manos y ella le da las suyas; se dan un beso de despedida; uno de esos que se daría cualquier matrimonio que acumula ya diez años de convivencia. Y el Sr. Wakefield, ese hombre de edad madura, continúa resuelto a dejar perpleja a su buena mujer ausentándose una semana entera. A pesar de que cierra la puerta a su espalda, esta se queda entreabierta y, a través de la rendija, ella capta una imagen de su marido con la cara sonriente, que desaparece al instante. En ese momento, inconscientemente, no hace caso del pequeño incidente. Pero mucho después, cuando ya lleva más años de viuda que de casada, aquella sonrisa reaparecerá, a modo de destellos, en los recuerdos que guarda del rostro de Wakefield. En muchas de sus reflexiones, disfrazará la sonrisa original con una multitud de fantasías, volviéndose ora extraña, ora espantosa. Si, por ejemplo, se lo imagina en un ataúd, aquella mirada de despedida reposa helada sobre sus pálidas facciones. Pero si sueña con él en el cielo, su aún bienaventurado espíritu conserva una sonrisa serena y astuta. A pesar de todo, cuando todos lo dan por muerto, ella duda algunas veces de su viudedad debido a aquella sonrisa.



Pero es el marido quien nos importa. Antes de que pierda su individualidad y se confunda entre el bullicio londinense, debemos perseguirlo por la calle a toda prisa. Sería

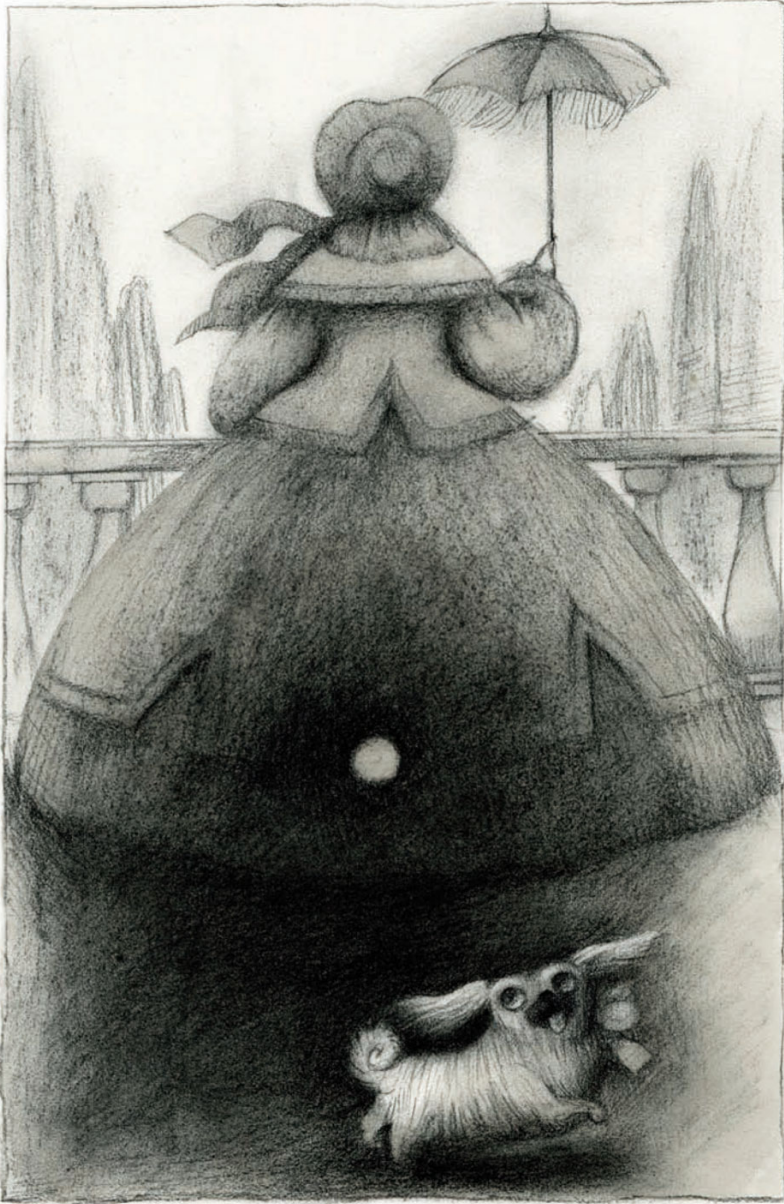
inútil tratar de buscarlo después. Así que lo seguimos de cerca, pisándole los talones, hasta que después de varias vueltas y giros innecesarios lo encontramos establecido cómodamente junto al fuego del pequeño apartamento citado anteriormente. Se encuentra en la calle contigua; ese ha sido el destino final de su viaje. Apenas puede creerse la buena suerte que ha tenido hasta entonces, porque ha pasado inadvertido; y piensa en un momento en el que el gentío lo ha bloqueado en el mismo centro de la luz de una farola o en otro en el que ha sentido unos pasos que, diferentes a los de los numerosos transeúntes que lo rodeaban, parecían caminar tras los suyos. O en cómo después ha oído una voz que gritaba desde lejos y ha empezado a imaginarse que estaba diciendo su nombre. Sin duda alguna, un puñado de chismosos lo había estado observando y se lo habían contado todo a su mujer. ¡Pobre Wakefield! ¡Pero qué poco consciente eres de tu propia insignificancia en este inmenso mundo! Ningún ojo mortal, excepto el mío, ha estado vigilándote. Anda, tonto, vete a la cama tranquilo. Si fueras listo, mañana por la mañana regresarías a casa junto a la buena Sra. Wakefield y le contarías la verdad. No te apartes ni una semana de tu hueco en su casto pecho. Si ella te diera por muerto o por desaparecido por un solo instante, o si permanecieras separado de ella mucho tiempo, terminarías por presenciar, para tu desdicha, un cambio definitivo en tu fiel esposa. Es peligroso abrir un cisma en los afectos humanos; no tanto porque se produzca un desarraigo profundo y prolongado, sino porque vuelva a cerrarse demasiado rápido.



Casi arrepentido de este juego, o como se lo quiera llamar, Wakefield se acuesta temprano, y sobresaltado tras un primer sueño, estira los brazos a todo lo ancho de la solita-



ria inmensidad de aquella extraña cama. «No», piensa, mientras se abriga con las mantas; «no volveré a dormir solo otra noche».



Por la mañana, se levanta antes de lo habitual y comienza a reflexionar sobre qué quiere hacer en realidad. Sus pensamientos son muy vagos y desvariados, y aunque cuando tomó esta decisión tan extraña lo hizo ciertamente decidido a alcanzar un objetivo, ni siquiera después de meditar sobre él es capaz de definirlo. Tanto la imprecisión del proyecto como el empeño convulsivo con el que se lanzó a ejecutarlo, son en igual medida algo digno de un alorado. No obstante, Wakefield analiza sus ideas tan minuciosamente como puede y descubre que siente curiosidad por saber cómo habrán evolucionado las cosas en casa, cómo soportará su ejemplar esposa la viudedad de una semana; en resumen, cómo se verá afectada por su desaparición la pequeña esfera de criaturas y de circunstancias en la que él era el objeto central. En definitiva, lo que yace en el fondo del asunto es una morbosa vanidad. Pero ¿cómo va a alcanzar sus fines? Ciertamente, no quedándose encerrado en su cómodo refugio; pues aunque él duerme y amanece al lado de su casa, en la calle aledaña, en realidad está tan lejos como si el coche hubiera estado en camino toda la noche. No obstante, si volviera a aparecer echaría a perder todo el plan. Su escasa inteligencia está absolutamente desconcertada por este dilema, pero finalmente decide arriesgarse, resuelto en parte a atravesar la calle y a echar un vistazo rápido al hogar abandonado. La costumbre, puesto que es un hombre de costumbres, lo lleva de la mano y lo guía de una manera totalmente inconsciente hasta su propia puerta, donde, justo en el momento crítico, lo despierta el roce de uno de sus pies con el escalón. «¡Wakefield! Pero ¿adónde vas?».



